

sido aún lo suficientemente explorada. Para quienes pretendan adentrarse en la historia de la organización, se tornará en material de consulta ineludible.

Lucía Brienza
UNR / CONICET

A propósito de Pilar Calveiro,
Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70,
Buenos Aires, Norma, 2005, 189 pp.

Se suele reclamar que la memoria y la historiografía sobre “los años setenta” tienen aún por delante la ineludible tarea de adentrarse con mayor sistematicidad (y, por qué no decirlo, sinceridad e irreverencia) en la dimensión de las responsabilidades colectivas. Este reclamo encuentra su legitimidad en la constatación de una generalización aparentemente inmovible de memorias centradas en las bondades imaginarias de una sociedad poco dispuesta a re-conocerse como parte del horror o en relatos glorificadores de militancias y militantes, relatos que han aprendido a conjugar las figuras del héroe bélico y la de la víctima martirizada.

Es en este escenario que la intervención de Pilar Calveiro (**Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70**, un libro que conforma perfecta familia con **Poder y Desaparición**) adquiere su gran aporte y resalta su valor.

La autora propone un ejercicio de memoria sobre la larga trama histórica que condujo al momento de mayor violencia política en nuestro país y, principalmente, al papel que en ella le cupo a las organizaciones armadas. Entiende que un ejercicio de memoria es, sobre todo, una recuperación de sentido; una operación que capture y reinscriba sentidos pretéritos en contexto de época y abra nuevos futuros. El sentido que se intenta reponer para develar ese terrible pasado es el del vínculo siempre íntimo —se sabe— entre *política y violencia* en los años setenta. Y, anticipado desde el propio título del libro (*política y/o violencia*) se presenta el postulado principal del mismo: aquella intimidad estuvo signada menos por

la tensión y la imbricación que por el desplazamiento de uno de los términos en favor del otro. Es finalmente en la supresión de la política, en su abandono, donde pueden encontrarse las claves de la derrota de las organizaciones revolucionarias armadas. [La misma] “no se debió a un exceso de lo político sino a su carencia. Lo militar y lo organizativo asfixiaron la comprensión y la práctica políticas” (p.23). Dicha carencia no puede ser leída sino en el marco de una larga historia que data, por lo menos, de los años treinta y que la autora se aboca a desentrañar: la del lugar que ocupó la violencia en la dinámica político-institucional de la Argentina. La creciente presencia militar y el recurso a la violencia para imponer desde el poder del Estado aquello que no podía consensuarse a través de la política fueron elementos notables en la paulatina instalación de un *poder desaparecedor*. Dentro de esta secuencia es el golpe de 1966 aquello que, para Calveiro, merece particular interés: es a partir de entonces que las Fuerzas Armadas se constituyeron en el *núcleo mismo del Estado*, reestructurándolo a *imagen y semejanza* y proyectando-imponiendo sobre el campo social los principios y la disciplina controladora del orden cuartelario. La configuración resultante fue la *lógica totalitaria*: el conflicto entendido como guerra, lo *no idéntico* como *enemigo* y, por ende, la resolución del conflicto a través de la aniquilación total del otro. Esta violencia militar “comenzaba a reproducirse y a encontrar respuesta, también violenta” (p. 37) desde otros campos de la sociedad. Las resistencias al poder disciplinador no tardaron en manifestarse. Rebeliones populares, surgimiento y accionar de las organizaciones guerrilleras (que disputaban al Estado nada más y nada menos que el monopolio de la violencia), dan cuenta para Calveiro de una *reaparición*, la de la política: “transmutada en sus formas más radicales” (p. 42). Política “y” violencia: transmutación, continuidad y lazo, al menos por ahora.

Inmersos en un contexto internacional signado por vientos de rebelión y un universo de sentidos también ordenados según la lógica binaria de la guerra, los jóvenes revolucionarios argentinos

aprendieron de la sociedad de la que formaban parte el valor político de la violencia y bajo el influjo del foquismo “militarizaron su prácticas revolucionarias” (p. 130). Pero para la autora, entre el surgimiento de las organizaciones armadas y su derrota final, hubo en aquel vínculo (política y violencia) desplazamiento, reemplazo y supresión: “la lucha armada comenzó siendo la máxima expresión de la política primero, y la política misma más tarde” (p. 129). Centrando su análisis en la experiencia de Montoneros, la autora sitúa el punto de inflexión en 1974 con el pase a la clandestinidad. Y entra en juego entonces, la tesis bastante aceptada —al menos en círculos militantes— pero no tan revisada de un *proceso* de militarización. Calveiro se aventura en sus causas y destaca como vertientes principales e íntimamente entrelazadas: 1) el intento de construir un ejército popular que reuniera las mismas características que el ejército regular; y 2) la escalada represiva que fue “obligando a abandonar un trabajo de base”, trabajo que la autora encuentra “particularmente significativo” (p. 131) en el caso de Montoneros, al menos entre 1972 y 1974. Los “mecanismos políticos, militares y organizativos (...) que asfixiaron la práctica de Montoneros” (p. 144) aportaron el resto. *Atrapados* en estos mecanismos y atravesados por un sistema de creencias que no hacía más que confirmarse a sí mismo (articulado en torno a la certeza en el triunfo inexorable de la revolución) los jóvenes guerrilleros encontraron finalmente su derrota y aniquilamiento.

En la exposición de aquellos últimos mecanismos el texto de Calveiro merece particular reconocimiento, puesto que en momentos tan irreflexivamente amables para la reivindicación autocomplaciente de las experiencias militantes, el análisis y la exposición de lo que en ellas había de autoritario, de gesto represivo, de necedad burocrática y ausencia de pensamiento, no puede menos que festejarse por oportuno y valiente. Pero también, porque es allí donde la autora desliza ciertas apreciaciones e inicia, generosa, recorridos posibles que se abren a otros planteos, abordajes, énfasis e interrogantes.

Uno de ellos invita a revisar la idea de *proceso de militarización*, a través del cual, un postulado equilibrio entre el componente militar y el político hubiera comenzado a descomponerse en favor del primero a partir de un conjunto de... ¿decisiones desafortunadas? ¿malentendidos irreparables? ¿apreciaciones equívocas? (siempre agravadas o empujadas por el cerco represivo). La intensificación del accionar armado, la colonización bélica de las prácticas, de la discursividad y de los imaginarios de estas organizaciones son, a estas alturas, fenómenos innegables. Por lo demás, resulta perogrullesco afirmar que éstos no fueron repentinos. La invitación, en todo caso, es a volver la mirada sobre el núcleo original de las formulaciones político-ideológicas, sobre sus connotaciones, sentidos e implicancias más profundos. Porque en ellos, quedaban **anudados con lazo indisoluble** violencia e historia, sacrificio y hombre nuevo, acción, guerra y revolución.

En palabras de Badiou “toda convicción sobre la llegada real del hombre nuevo está marcado por una fuerte indiferencia a sus costos y una legitimación de los medios más violentos”.¹ Y desde las entrañas mismas de esa subjetividad el costo —cualquiera sea éste— se presenta y se vive siempre a partir de lo heroico, de lo épico.

Antes que equilibrio de componentes pareciera haber un **nudo de sentidos** que —con las diferencias del caso— constituyeron el sello identitario de los revolucionarios setentistas. Y en ese nudo la diferenciación/oposición entre política y violencia pierde espesor; toda estrategia, toda valoración y todo símbolo se encuentran subordinados a la semántica de la guerra muy tempranamente. Y entonces es probable que la llamada *militarización* haya sido, *en gran medida*, el resultado ferozmente fiel de aquellos sentidos. *En gran medida*, porque sobre ellos, qué duda cabe, estuvieron los hombres con sus grandezas y miserias, con sus urgencias emancipatorias, y entonces, sí, con sus decisiones desafortunadas, sus malentendidos irreparables, sus apreciaciones equívocas, etc.

1 Badiou, Alain, *El Siglo*, Buenos Aires, Manantial, 2005, p. 53

Otra invitación propone echar más luz sobre las relaciones no tan idílicas entre los movimientos de masas y las organizaciones armadas. Cualquier pregunta sobre el *aislamiento* de las últimas no puede desconocer que, por enriquecedoras que hayan sido las experiencias en los frentes de masas, esos vínculos no desconocieron las tensiones y las conflictividades, la disparidad de expectativas y aún, la confrontación directa.

Calveiro no teme adentrarse en esta problemática. Al abordarla, advierte: “las razones últimas de la desinserción deben buscarse en un trabajo de base muy reciente y, por lo tanto, poco asentado [entre 1972 y 1974] así como en una perspectiva política vanguardista que aducía una dudosa auto-representación del pueblo e impulsaba como parte de su propuesta popular acciones que la base del movimiento no asumían como viables ni deseables” (p. 148). Podría agregarse, también, que mucho antes que el pase a la clandestinidad tirara por la borda buena parte del trabajo hecho, como afirma la autora, la llamada política de masas de las organizaciones armadas conjugó aquella perspectiva vanguardista con un desprecio *de hecho* —y nunca enunciado— de los tiempos, lógicas y esquema de valores de los distintos sectores. Desde los “aparateajes” de asambleas y los “manijazos” en la toma de decisiones hasta el “ajusticiamiento” de dirigentes sindicales (matones, rufianes o pobres tipos, qué más da, representantes por delegación, en todo caso) un conjunto abultado de prácticas dan cuenta de aquel desprecio (quizás diluido tras la noción misma de vanguardia). Y, dicho sea de paso, esas prácticas no eran en absoluto ajenas a un populismo local de vieja data, aunque éste apareciera ahora resaltando sus facetas más idealistas y románticas.

Resultaría, por lo menos poco fértil, que las prácticas de desobediencia y los impulsos contestatarios de los distintos movimientos de masas, su alto grado de organización y combatividad (y aún la celebración genuina con que era recibida gran parte de las hazañas armadas) encandile una mirada que debe interrogarse, una vez más, sobre los postulados y prácticas que matizaron el vínculo entre “vanguardias” y masas.

Resta finalmente, el doloroso interrogante no ya sobre la derrota, sino sobre el fracaso. Pilar Calveiro afirma que la desobediencia armada fue la más radical de las desobediencias. Dicha radicalidad no debiera, empero, calibrarse por la violencia con la que se expresa ni definirse como tal en función de lo que disputa (aún cuando se trate del poder del Estado); sino también —y quizás fundamentalmente— por el universo de referencias al que apela, por los principios que impulsan sus prácticas, por el sistema de valores que conforma, por las subjetividades a las que da lugar.

La misma autora señala que una de los signos más claros de la “derrota política” de Montoneros fue el “no haber podido constituirse en una alternativa de resistencia” de las formas del poder y, más aún, haber generado “su reproducción lisa y llana” (p. 171).

Lo propio y sustantivo de una revolución es su aspecto de instauración de un nuevo orden, de un nuevo comienzo; su promesa y decisión de construir lo nuevo. Advertía Michel De Certeau en 1968 que es ese aspecto el que debe resultar decisivo respecto al uso de la violencia: “es precisamente cuando un hombre es capaz de ordenar la violencia a esta construcción, que se puede decir que ha accedido a la vez al nivel ético y al nivel político”.² Inscribir la violencia en un *nuevo orden emancipador*: es allí donde quizás —y a pesar del clima de fiesta libertaria que tiñó gran parte de aquellas experiencias— las organizaciones armadas encontraron su propio fracaso mucho antes de ser derrotadas.

Vera Carnovale
UBA-CONICET

2 Michel De Certeau: “Construcción revolucionaria y violencia”, en *Cristianismo y Revolución, Teología para el Tercer Mundo. Los cristianos, la violencia y la revolución*, Buenos Aires, Cristianismo y Revolución, 1969, p. 149.